



## ¿QUÉ ES UNA OCURRENCIA? SOBRE HUMANIDADES Y CIENCIAS<sup>1</sup>

WHAT IS AN OCCURRENCE? ON THE HUMANITIES AND SCIENCES

Pablo Oyarzun R.<sup>2</sup>

Universidad de Chile

Recibido: 13.03.2020 - Aceptado: 20.04.2020

### RESUMEN

En primer término, se aborda la relación asimétrica de humanidades y ciencias en las instituciones contemporáneas de conocimiento sugiriendo la inconveniencia de acentuar la diferencia entre unas y otras, en la medida en que ambos órdenes epistémicos están sometidos hoy a los mismos condicionamientos estructurales. El efecto que estos tienen sobre las humanidades es analizado a través de dos aspectos críticos. En segundo término, se discute la significación epistémica de la ocurrencia como principio común de ciencias y humanidades apelando a la obra de Georg Christoph Lichtenberg a manera de caso ejemplar. En esta, experimentalismo y ensayo, singularidades, ficción y variación dan cuenta de un mismo brote epistémico en humanidades (y literatura) y ciencias.

Palabras clave: Lichtenberg; economía del conocimiento; paper.

### ABSTRACT

First, I discuss the asymmetric relationship between the humanities and sciences in contemporary institutions of knowledge by suggesting the trouble of emphasizing the difference between them, given that both epistemic orders today are subordinate to the same structural conditionings. I shall analyse the effects that these conditionings have on the humanities by focusing on two critical issues. Second, I discuss the epistemic signification of occurrence as a principle shared by the sciences and humanities, by resorting to the exemplary case of the work of Georg Christoph Lichtenberg. In this work, experimentalism and essay, singularities, fiction and variation account for the same epistemic outbreak in the humanities (and literature) and sciences.

Keywords: Lichtenberg; Knowledge Economy; Paper.

---

<sup>1</sup> Ponencia realizada en el XV Simposio Iberoamericano de Filosofía Política, Mesa 2 "El valor de lo inútil. Tensiones de poder entre las ciencias naturales y los saberes de la cultura" (26-28.09.2017), Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia. La ponencia se inscribe en el proyecto Fondecyt 1160765 "Destellos de inmanencia. Georg Christoph Lichtenberg sobre lenguaje y pensamiento. Una contribución a la filosofía del lenguaje en la modernidad". El autor agradece a Fondecyt el apoyo que brinda a esta investigación. El texto ha sido modificado ligeramente y se ha intentado complementar algunos pasajes y una "coda" ha sido anexada para la presente publicación.

<sup>2</sup> Filósofo, ensayista, crítico y traductor, Profesor Titular, Facultades de Artes y de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Correo electrónico: [oyarzun.pablo@gmail.com](mailto:oyarzun.pablo@gmail.com)

## 1. ¿EL VALOR DE LO INÚTIL?

En el debate sobre la devaluación de las humanidades que lleva ya una buena cantidad de años sumando y restando argumentos, uno de los asuntos más reiterados es el de la inutilidad de las disciplinas que se agrupan bajo ese nombre. Más acá de las retóricas, los matices y las eventuales ironías o vindicaciones, el protocolo habitual es bastante claro y simple y no creo que sea necesario presentar evidencias al respecto. Desde el punto de vista de los impugnadores del beneficio de las humanidades, una manera de expresar su idea consiste en contrastar sus pesos específicos con los de las ciencias<sup>3</sup> en términos de su aporte en resultados para el desarrollo y las necesidades sociales, y se da rápidamente por concluida la discusión. Cuando la cuestión de la inutilidad se aborda desde el campo de las humanidades el tono suele ser apologético, cuando no asume la actitud de la contraofensiva. En ambos casos, tratándose de defensa o ataque, se reacciona ante el juicio (o prejuicio, si se quiere), explícito o tácito, que sanciona la escasa o nula contribución que tales estudios hacen al progreso individual y colectivo, medido en términos de mejoras y de réditos. En uno u otro tono, se tiende a reivindicar la inutilidad o la improductividad, sin reparar en que el concepto se inscribe hoy en un marco de referencia para el cual la mentada inutilidad no implica en absoluto la dimensión de la *scholè* y del *otium*, del *nihil humanum a me alienum puto* o de la búsqueda desinteresada de conocimiento, todo ello asociable a viejas y nobles formas epistémicas, sino que se opone a la eficiencia, el rendimiento, el retorno y la aplicabilidad para fines de crecimiento y expansión del control. Con eso suele perderse la punta que podrían tener nociones tales como aquellas de inutilidad e improductividad.

En medio de este debate, lo que en general no se dice es que las llamadas “ciencias básicas” —o las “ciencias”, a secas— suelen estar exentas del estigma de la inutilidad simplemente porque lo que esencialmente se valora y valida de ellas es el potencial de aplicación, lo que lleva a una subsunción de las mismas bajo el principio general de la “economía del conocimiento”, que, a su vez, equivale a la subordinación del conocimiento a la economía y a un tipo de economía, que no por hegemónico deja de ser específico. Es precisamente la “economía del conocimiento” (para emplear este concepto en

---

<sup>3</sup> Hoy por hoy, más precisamente las STEM: ciencias, tecnologías, ingenierías y matemáticas.

una acepción generalizada como epítome de diversas maneras de caracterizar la significación del conocimiento en el capitalismo tardío) la que está a la base de los juicios y prejuicios acerca de la “inutilidad de las humanidades”. Es ella también la que impone en su formato actual las “tensiones de poder” entre estas y las ciencias naturales y exactas, las ingenierías y las tecnologías, que conciernen esencialmente a su asimetría en términos económicos, más que a especificidades epistémicas como pudo serlo en el pasado: la certeza, la exactitud, la demostrabilidad estricta y la replicabilidad son, entre otros, adecuados rasgos concomitantes de esta regla fundamental, pero su poderosa preponderancia pertenece al pretérito; hoy no pasan de ser credenciales de garantía respecto de los usos económicos del conocimiento así acreditado. Lo crucial en todo ello es la *innovación*, la palabra clave de la susodicha “economía del conocimiento”.

Esta consideración debería invitar a no trazar de inmediato una línea divisoria intransitable entre las humanidades y las ciencias, sino a buscar puntos de contacto, zonas de fuga entre unas y otras, brotes epistémicos comunes, por decirlo así.

Si miramos a las instituciones de conocimiento —no me refiero solo a las universidades, sino también a los centros de diversa naturaleza, las escuelas técnicas, los laboratorios de variada índole y, por cierto, las agencias de financiamiento público y privado— podemos comprobar que sus programas de gestión y desarrollo están modelados de manera dominante y en muchos casos exclusiva por criterios derivados y dependientes de la “economía del conocimiento”. Esos programas responden, entonces, a una orientación preponderante bajo la cual toda disciplina queda subsumida, si bien de manera desigual. Esta desigualdad, que se expresa en el contraste entre el potencial de aplicabilidad e innovación de las ciencias y lo que las humanidades pueden aportar de suyo es lo que determina la posición de estas en la institución contemporánea del conocimiento. No exhiben ellas un alto potencial de rendimiento en términos de innovación; pueden contribuir a los procesos que apuntan en esta dirección, aunque siempre en condición ancilar. Su carácter indisociablemente histórico, el valor específico que en ellas tienen las tradiciones y los usos, los contextos, la pluralidad de comunidades, hablas y formas de vida, la cuestión siempre abierta de lo humano que originariamente las inquieta impide que sean encauzadas de acuerdo con ese vector. Desde aquella perspectiva hegemónica, el magro retorno que pueden prometer justifica por fin los igualmente magros recursos que se les destinan en los presupuestos universitarios y en los fondos de fomento y, de manera más drástica, puede dar razones a la reestructuración, la minimización y hasta la

supresión de los lugares institucionales (facultades, institutos, departamentos, centros, núcleos) dedicados a su cultivo. Bajo esa presión no tiene nada de asombroso que en las humanidades haya una tendencia creciente, desde hace años ya, a un proceso adaptativo a la estandarización de las disciplinas conforme a los criterios a que aludía. Esta tendencia es la cara visible de un malestar de fondo.

Permítaseme bosquejar ese malestar a partir de dos síntomas suyos que, asumo, son neurálgicos.

El primero: es usual que quienes ejercen las disciplinas humanísticas manifiesten viva incomodidad por verse sometidos a criterios, condiciones, procesos e instrumentos que, se dice, no atienden a la especificidad de esas mismas disciplinas, que responden al formato de las características y prácticas propias de las ciencias naturales y exactas. Este es uno de los factores que, junto a la cuestión de los recursos, más incide en la percepción de “tensiones” entre unas y otras áreas de conocimiento.

Me refería hace un momento a criterios congruentes con la “economía del conocimiento”. En el lenguaje de la institución contemporánea de conocimiento, esos criterios hablan, en calidad de méritos académicos y epistémicos, de la excelencia, la productividad y los resultados. (Permítaseme también retomar algunos ítems que he propuesto en otra parte.)<sup>4</sup> Para decirlo compendiosamente: la estimación de tales méritos se establece en correspondencia con el *rendimiento*. A su vez, el rendimiento se determina a partir de un conjunto de *estándares*, que son los que reflejan la concepción que tiene la institución acerca del conocimiento mismo. La pertinencia de los estándares se decide en cuanto estos permiten *medir* el rendimiento. El aspecto *cuantitativo* de esta medición pesa sensiblemente en las evaluaciones y calificaciones de los individuos, grupos y unidades sin que se tenga claridad suficiente sobre el sentido y alcance en que esa gravitación es conveniente. El aspecto *cualitativo* remite, en último término, a la existencia de comunidades expertas y de organismos autorizados, que al fin y al cabo obedecen a los mismos criterios. Sin duda, puede haber variantes y matices más o menos acusados, pero en rigor confirman la regla. En la evaluación cualitativa de una propuesta de investigación, una vez sorteadas las vallas numéricas de la trayectoria y los antecedentes, suelen pesar pautas estandarizadas del tipo: ¿existe un adecuado conocimiento del estado de la cuestión?, ¿la discusión bibliográfica está actualizada?, ¿son congruentes los objetivos con el desarrollo de la propuesta?, todas preguntas legítimas, pero atentas a

---

<sup>4</sup> Hago uso en este párrafo, resumidamente y con modificaciones y algún añadido, de unas consideraciones incluidas en Oyarzun 2008, 51 s.

la *normalidad* de esa misma propuesta, es decir, su congruencia con la norma conforme a la cual ha *debido* ser formulada, y por eso mismo escasamente perceptivas de lo que pudiera ser la *excepción*. Y la generación de conocimiento tiene una relación primaria con esta última.

Hay, pues, por una parte, un concepto procedimental implícito del conocimiento y, por otra, cierta circularidad del mismo que refuerza los criterios en cuestión. Aquello que así se refuerza es la idea de que la pertinencia y competencia académicas consisten en la commensurabilidad que puede establecerse entre los desempeños concretos y la forma normal que para estos define el complejo de actividades de una comunidad acreditada y, en este sentido, establecida. Esto condiciona un régimen de reproducción, por el cual las comunidades científicas aseguran su pervivencia en el tiempo. Sin duda, la reproducción pertenece inevitablemente a la lógica de desarrollo de una disciplina y de quienes la ejercen. Pero cuando se la sanciona como ley, se toma una decisión sobre la naturaleza misma del conocimiento y de su devenir que encubre con el silencio su propia precariedad. De hecho, esta me parece ser la manera más evidente de mostrar cómo, en la configuración procedimental del concepto implícito del conocimiento se acusa, como en negativo, la falta de una idea del mismo. Mientras menos sabemos acerca del conocimiento, de su génesis, su estructura, su dinámica y su índole, mientras más se nos desdibuja, más avanza la *normalización del conocimiento*. Con lo suyo pagan las humanidades.

Voy al segundo síntoma. Otra de las formas predilectas de acentuar la distinción y división entre las humanidades y las ciencias consiste en confrontar los respectivos modos de exposición del conocimiento. Por cierto, la exposición del conocimiento es inherente a este mismo: no le sobreviene como un aditamento externo, sino que de un modo u otro expresa el proceso y las operaciones de su generación, así como la forma en que uno y otras son comunicados.

Se critica la reducción del discurso de las humanidades a la hegemonía del “artículo”, del *paper*, como credencial epistémica y condición de inserción y permanencia en la academia. Es posible identificar características propias de tal producto y ponderar lo que la implantación del *paper* como forma regular de discurso significa para las humanidades. Junto con ello es posible presentar evidencias de la multiplicidad histórica de formas y formatos discursivos y escriturales de lo que llamamos “humanidades”, sin perjuicio de reconocer que unas y otros, tal vez no en su totalidad, pero sí en abundancia, han sido propias y propios de lo que hoy llamamos genéricamente “ciencia”. Pero hay dos cosas que uno echa en falta. Una es la adecuada explicación de la identidad y función del *paper*, que, por cierto, no puede ser

evaluado solamente en términos epistemológicos. Otra, cuáles serían las formas de discurso y escritura correspondientes a la especificidad epistemológica del discurso de las humanidades, en nombre de las cuales se afirma su relevante diferencia.

En cuanto a lo primero, me parece relativamente obvio que el *paper* es un instrumento fundamental de lo que he llamado la normalización del conocimiento: digamos que es, contemporáneamente, la unidad de investigación fundamental. En tal medida, sería una pieza funcional de la “economía del conocimiento”, pero no solo en cuanto es una forma expositiva eficaz (lo que, sin duda, es inherente a su definición), sino que esta misma eficacia, reflejada en las características que se le atribuyen y las condiciones que debe satisfacer para ser validado como comunicación de conocimiento, es la naturaleza del modo de producción de conocimiento que él mismo expresa. Esta es la cuestión decisiva, también, desde luego, para sostener la afirmación con la que abro este párrafo. A propósito de ella sería preciso —cosa que no puedo hacer aquí— mostrar la relación orgánica entre esta forma y la “economía del conocimiento”, es decir, entre ella y las condiciones de producción de conocimiento en el capitalismo tardío, proponer que, en su molde actual y dominante, es el modo neoliberal de producción del conocimiento, lo que ciertamente demandaría explicaciones. Los debates en curso acerca de los criterios de financiamiento y las agencias de acreditación y de ranking, del giro empresarial de las universidades, del negocio de los *journals*, del *peer review* (la revisión, ciega o con *eyes wide shut*, por pares) pueden suministrar combustible abundante a esas explicaciones. Está bien: lo que se exige de los *papers*, la linealidad argumental y probatoria, la medición de resultados (no la evaluación de procesos), el potencial reproductivo (verificable a través del impacto) y otros rasgos cuya mención omito aquí, pueden no ser definitivamente suficientes para dar con la razón, pero todo ello inserto en el contexto antes referido bastaría para motivar la pregunta acerca de, precisamente, su consistente relación con un modo de producción de conocimiento respecto del cual esas mismas exigencias han devenido pertinentes, funcionales.

En cuanto a lo segundo, se defiende, desde las humanidades, la gravitación mayor que tienen los libros sobre los artículos: pero mientras estos proliferan interminablemente y, según el medio en que se difundan, son prenda de validación de sus autores, aquellos no suelen ser fácilmente disponibles. La alternativa, en cuanto a las formas expositivas de las humanidades, se alega ser el ensayo. Entre nosotros, en América Latina, se lo propone como una forma particularmente relevante que, si por una parte, en razón de su

juego con lo verosímil, lo incierto y la digresión, no cuadra con los estándares asertivos del *paper*, por otra, tiene funciones que no se agotan en lo epistémico, sino que, en virtud de su vocación crítica, inciden en el debate público y en lo político en sentido extenso. No es que los *papers* sean austeros o inocuos en este sentido, porque se deben —sin que la mayoría de sus autores quiera reconocerlo o tenga la mínima idea acerca de ello— a una política, una economía-política del conocimiento a la que simplemente se pliegan con perfecta obediencia, que es la que rige el antedicho modo de producción. En esta obediencia desempeña un papel nada desdeñable el lenguaje. Hablan esos productos una suerte de lengua universal —de hecho, si no se publica en inglés, en una suerte de nueva *koiné*, que es el inglés regularizado, ya se está en notorio desmedro—, lengua que se quiere lo más neutra, expedita y transparente posible. El ensayo, en cambio, no abandona jamás el suelo nutricional de la lengua natural (y vernácula), y apela a sus múltiples matices y a la diversidad de sus ritmos para dar el pulso del pensamiento. Tampoco tiene de antemano trazada la pauta de su factura, como regularmente ocurre con el *paper*, con resumen, introducción, método, resultados, discusión y conclusiones, sino que se adapta con versatilidad a las características y peculiaridades de su asunto, suele apartarse de la vía previsible para hacerse cargo, precisamente, de lo que esos rasgos evocan o sugieren a la consideración y no pocas veces adopta la tonalidad de las conversaciones.

Con esto, por cierto, no estoy perfilando en absoluto una forma epistémica; simplemente me limito a enumerar de manera incompleta algunas particularidades que acostumbramos a hallar en los ensayos. En el segundo apartado de mi texto intentaré avanzar un trecho en ese otro sentido.

## 2. ¿QUÉ ES UNA OCURRENCIA?

Nada escapa más a los vigentes estándares de evaluación y acreditación epistémica, nada cuadra menos con un *paper* que una ocurrencia. No es que no pudiese haber relación alguna entre estos. Cabe que un *paper* tenga su origen remoto en una ocurrencia. Es, creo, lo menos habitual, pero para nada improbable; de hecho, me atrevería a aventurar que los mejores *papers* científicos, aquellos que son señeros, que modifican de manera sustantiva el estado de un dominio de conocimiento, acusarían al análisis la incidencia de una mutación en su material genético, es decir, la huella una ocurrencia. Tal

sería la *excepción*. En el caso *normal*, suponiendo que algo así como una ocurrencia hubiere asomado en un comienzo,<sup>5</sup> se le impone a esta la disciplina más estricta y restrictiva, de modo que en el resultado ya se ha esfumado la huella.

Es dichosa esta palabra de nuestra lengua, de doble y a la vez emparentado sentido. Dos acepciones de “ocurrencia” da el Diccionario de la RAE:

1. f. Encuentro, suceso casual, ocasión o coyuntura.

2. f. Idea inesperada, pensamiento, dicho agudo u original que ocurre a la imaginación.

Hay, por cierto, un punto fugaz de convergencia o tangencia de ambas: algo se me ocurre (construcción intransitiva pronominal) porque algo me ocurre (construcción refleja). Un punto fugaz e irreplicable que por un instante hace rimar un hecho (exterioridad llana) con un respingo del ánimo (interioridad), que es instantáneo, incontrolado y sin embargo del todo atinado a esa exterioridad, sin que se sepa la razón de la rima. Quizá por esto último, que es propio de la experiencia que se tiene de estos brotes, carecemos de una epistemología de las ocurrencias. Su pura espontaneidad, la celeridad con que nacen y se extinguen (no sin dejar una huella), la imposibilidad de repetir las, porque son indisociables de su ocasión y su contexto y, por eso mismo, resisten o burlan de antemano toda aplicabilidad que exceda el momento, el asunto y su función estrictamente singular, todo ello parece conspirar y conspira de hecho contra la idea de una regla o de un método. La ocurrencia como regla, como método: eso parece una contradicción en los términos.

Con la forma normalizada del conocimiento, tal como se plasma en los esquemas discursivos dominantes, el anarquismo de la ocurrencia no puede sino estar peleado. La ocurrencia es anárquica, en la medida en que no se deriva de ningún principio, sino que ella misma es un principio, pero uno que está totalmente abierto e invita y quizá a la vez defrauda toda decisión, o uno que bien puede ser ciego, sin consecuencia, un apronte o un *posible* en estado puro. Volveré sobre esto.

Este anarquismo es lo que supuestamente impediría una epistemología de la ocurrencia. Sin embargo, creo que se puede intentar algo al respecto. Un caso a mi entender ejemplar de práctica y cultivo de la ocurrencia que podría dar luces sobre una hipotética epistemología lo ofrece un autor dieciochesco, cuya peculiaridad intelectual ha hecho larga y póstuma fama.

---

<sup>5</sup> Pienso en los casos en que el estímulo de una pesquisa tiene que ver con aquellos recodos, detalles o entresijos que aún no han sido averiguados o cuya precedente averiguación acusa, quizá, deficiencias, lo que vale por igual para ciencias y humanidades.

Me refiero a Georg Christoph Lichtenberg, a quien se le ha llamado, entre otros mote, el Montaigne alemán. La celebridad de este físico no se debe a sus contribuciones a la ciencia natural moderna, aunque en vida alcanzó alta respetabilidad en toda Europa, sino a las miles de anotaciones que, a lo largo de toda su vida, desde los 22 años, se dedicó a consignar en sendos cuadernos, que él mismo llamó *Sudelbücher* (*waste books*), “libros de saldos”, como los registros en borrador que llevaban los tenderos con los ingresos y egresos según estos se iban dando en el día. También, cabe decir, como los libros de notas en que los científicos dejaban constancia de sus observaciones.<sup>6</sup> Los cuadernos son, por cierto, una cantera inagotable o, para emplear una anotación de Lichtenberg, “[t]oda una Vía Láctea de ocurrencias” [J 334].<sup>7</sup>

Interesa aquí, también, el siglo XVIII, la era de las luces, que da paso, finalmente, al romanticismo. Época esta en que las fronteras disciplinares no están todavía claramente trazadas, en que la filosofía natural transita a la física, la historia natural a la biología, la alquimia, aún vigente hasta entrado el diecisiete, da paso a la química, la historiografía empieza a despojarse de sus viejos atuendos y la lingüística y la semántica asoman bajo la sombra de la filología y la retórica: nada, en todo el orbe de las ciencias, ha alcanzado los perfiles que se harán nítidos en el siglo siguiente, ni hablar del veinte. Desde luego, el deslinde entre ciencias y humanidades no se ha producido del todo, en tanto que el debate en torno a la cuestión de la evidencia propone expresamente una diferencia relevante entre la ciencia natural (y su evidencia tradicionalmente basada en lo universal y constante) y la historia natural (que aporta evidencias —en plural— acerca de lo singular y contingente) (cf. Campe 2011, 12s). Trances históricos como este —como la Atenas del siglo V a.n.e., el Renacimiento, acaso los albores del veinte— son, desde el punto de vista epistemológico, particularmente llamativos, porque en ellos nada permanece fijo, todo está en fluctuación y las contaminaciones abundan. (Las contaminaciones, digámoslo apresuradamente, son forraje de la imaginación, que es, si le creemos al Diccionario de la RAE, la facultad de la ocurrencia.)

Cabría hablar de corte epistemológico, de cambio paradigmático, como se quiera. De cualquier modo, me atrevería a decir que en su centro está la

---

<sup>6</sup> Existe una consistente literatura sobre la significación de los apuntes, anotaciones, borradores, memorandos, extractos, etc., en el curso de la investigación científica moderna. En especial, la práctica de tomar notas tiene un particular relieve y, por cierto, los cuadernos de Lichtenberg cuentan, junto a sus homólogos de Locke y Darwin, entre los documentos más conocidos (Daston 2004, 445). Véase también, acerca de “el arte de tomar notas” y el surgimiento de la ciencia moderna las contribuciones de Blair 1992, 2004.

<sup>7</sup> La letra identifica el cuaderno de procedencia y el número la anotación correspondiente.

cuestión de la singularidad. En este siglo emerge el problema de las singularidades como algo que me inclino a pensar es un punto común entre ciencias y humanidades. No son las continuidades, lo común, las similitudes y la regla de la analogía lo que interesa principalmente, sino que desde luego se renuncie a la idea de formular leyes, sino lo singular, excepcional, extraño, lo teratológico también, lo no asimilable en el orden de lo conocido. El caso de Lichtenberg es especialmente relevante a este respecto. Los cuadernos que llevó hasta su muerte responden muy precisamente a ese interés, a aquella curiosidad, a la constante puesta en prueba de la humana capacidad racional encarada con el hervidero de singularidades que es el mundo, que se da, al detalle, en la experiencia. Acude para ello a la ocurrencia (o simplemente la práctica, con dichosa y a la vez desdichada espontaneidad),<sup>8</sup> a fin de poner a prueba el pensamiento y ver hasta dónde llega su versatilidad, y a la vez someter al vértigo de la hipótesis y la conjetura a los fenómenos, como si ninguno de ellos fuese simplemente un hecho, sino siempre un posible, que es así como entiende y experimenta su singularidad. Se ha reconocido con insistencia la significación que tiene el subjuntivo (el *Konjunktiv* alemán) en la escritura de Lichtenberg (v. especialmente Schöne 1993). El subjuntivo es hipotético, desiderativo, probabilístico, eventual, irreal en cuanto meramente (o también puramente) posible. Es el modo verbal de la ocurrencia.

Muchas de las anotaciones de Lichtenberg pueden ser consideradas simples disparates —no hablo de aquellas que son chistes llanamente—, pero la mayoría corresponden a este ejercicio que en buena medida consiste en conjeturar la posibilidad de lo que a primera vista resulta del todo imposible. Hay método en eso, “método que bien se podría llamar a-metódico (*unmethodische*), [y que] en suma, además, es muy recomendable” [K 384]. Así habla Lichtenberg de sus *paradigmata*, los cuales son teorías, ideas e hipótesis probadas y pertinentes a un dominio que son aplicadas a otro, asiduamente harto distante, cruzando de la ciencia a las humanidades y viceversa: los *paradigmata*, “entre todas las poleas heurísticas —sostiene— son las más fructíferas” [K 312]. Esto sugiere también el modo de operar de Lichtenberg: la ocurrencia es una simiente que puede fertilizar el saber a campo traviesa, con tal que se tenga el aplomo suficiente para no retroceder ante los múltiples sobresaltos de la razón por toparse con lo paradójico y contradictorio y, en definitiva, para “[i]nventar nuevos errores” [L 886], es decir, para llevar la razón, en cada momento, a experimentar su límite, a hacer de

---

<sup>8</sup> “Nunca se es más dichoso que cuando nos determina el fuerte sentimiento de *vivir* solo en *este* mundo. Mi desdicha es no existir jamás en este, sino en un montón de posibles cadenas de combinaciones que crea mi fantasía con el apoyo de mi conciencia (*Gewissen*), y así se va parte de mi tiempo y ninguna razón está en condiciones de vencerlo. [...] [J 948]

sus límites constante experimento: es la Ilustración *à la* Lichtenberg, practicar el experimento de pensamiento (*Gedankenexperiment*).<sup>9</sup>

Este peculiar carácter experimental es lo que da a los apuntes de los “Libros de saldos” el aspecto de ser una mixtura entre miscelánea literaria, libro de notas de investigación científica y diario de vida del pensamiento. Particularmente, están a medio camino entre la consignación de evidencias y la formulación de hipótesis para fines epistémicos, propias de la ciencia natural, por una parte, y los juegos especulativos y narrativos que le dan cuerpo y materia a la conjetura. En este medio camino se da un constante cruce entre la ciencia y la ficción (cf. Yehige & Stuart 2004, 187 s., 196-198). La ocurrencia es, de manera fugaz y fulminante, ese cruce y, por decirlo así, cifra performativa que vincula en su génesis a humanidades y ciencias.

En la ciencia natural, en la que Lichtenberg poseía un vasto conocimiento que lo acreditaba como experto de primer relieve en Europa, los fenómenos eléctricos captaron en buena medida su atención preferente. La instalación del primer pararrayos de Alemania y las célebres “figuras de Lichtenberg” (las hermosas configuraciones arborescentes producidas por descargas eléctricas sobre la torta de resina del electróforo, que Lichtenberg descubrió por mera casualidad) son los hechos visibles de esa atención.<sup>10</sup>

---

<sup>9</sup> Refiriéndose a la multiplicidad de anotaciones en los *Sudelbücher* que dan cuenta del ejercicio constante de esta forma que cultiva Lichtenberg, Schöne aduce: “Tales textos, que no pueden ser entendidos más que como descripción de proyecto, son, como propósito o proyecto de un ensayo (*Versuch*) realmente ejecutable, presentan en sí mismos el experimento: experimentos de pensamiento bajo condiciones irreales de prueba con resultado abierto, para los cuales aparece el subjuntivo como el modo que ante todo y de manera única hace posible el ensayo. Aquí se hace visible el caso de aplicación propiamente central de la estructura condicional subjuntiva, cuya función heurística fue llevada por el experimentador a esta fórmula: ‘¿Qué variaciones sufrirá si se modifican ciertas circunstancias?’ (KA 329)” (Schöne 1993, 93)

<sup>10</sup> Marginalmente es interesante observar que si el pararrayos de Franklin fue una innovación benéfica para los seres humanos, y digo innovación, para emplear a propósito este término. En cambio, con las dichas figuras, de las que Lichtenberg supuso que entregarían conocimientos decisivos acerca de los “fluidos” eléctricos positivo y negativo, no se pudo hacer nada en la época, como no fuese contemplarlas con fruición y especular acerca de ellas. Con el tiempo se pudo ver que están en la base de la reproducción xerográfica, de la física de plasmas y que tienen propiedades fractales. Hoy por hoy (y desde hace mucho tiempo) se dice “invento” y se dice “innovación” como si fuesen sinónimos; y no lo son. Mientras la última está al servicio de traer algo nuevo (una nueva solución para un problema acaso nuevo, en la mejor versión de “innovar”), el invento deja que algo le salga la paso (es el sentido primario de *invenire*), se abre al encuentro y así encuentra y descubre, algo que tal vez es viejo, que se perdió hace mucho y que ahora enseña sorpresivamente su aspecto como si fuese novedad absoluta. “Lo que uno inventa (*erfindet* [descubre]) —se lee en una de las anotaciones— se lo puede ver siempre como si se lo hubiese perdido, solo estaba trasapelado en su cabeza, quien no ha perdido nada en su cabeza, nada puede encontrar (*finden*).” [D 640] Inventar, que es el modo de la ocurrencia, no innovar.

Pero uno podría pensar que la electricidad pudo haber sido, para Lichtenberg, sin conocimiento a la sazón de las funciones neuronales, la clave misma del pensamiento. “*Se piensa (Es denkt)*, habría que decir, tal como se dice: *relampaguea (es blitzt)*” [K 76], anota, en reserva respecto del cogito y asumiendo que si decimos “yo”, si lo suponemos, es por una necesidad práctica [ibíd.]. Cabría decir, de hecho, que en Lichtenberg la ocurrencia funciona como un pararrayos: captura fugitivamente un hecho de la experiencia que delata su devenir y funcionamiento sin que pueda ser totalizable. Pero también opera como un electróforo. Cada ocurrencia forma una “figura”, en la medida en que el hecho es llevado a la ficción de una hipótesis, expresada gramaticalmente por el subjuntivo.<sup>11</sup>

Hay, qué duda cabe, inercia en el pensamiento. Se la querrá llamar opinión (aunque sería una descortesía), se la podrá llamar prejuicio, el nombre, después de todo, no importa mucho. Lo que importa es que existe esa fuerza inercial que lleva al pensamiento a seguir el trayecto por el cual su peso lo ha llevado hasta un determinado punto, no tanto porque no haya fuerzas que se opongan a su curso, sino porque cierto embotamiento, debido precisamente a la continuidad de ese curso, le inhibe el percibirlos. La ocurrencia es, no diré la simple interrupción de esa inercia, no: diré que es *variación*. El pensamiento no se interrumpe nunca: “Cabe la pregunta de qué es más difícil, pensar o no pensar. El ser humano piensa por instinto, y quién no sabe lo difícil que es reprimir un instinto.” [B 308] La variación es un principio, *absolutamente* un principio. Si somos epicúreos, diremos que es un clinamen, una mínima desviación en la serie causal rectilínea, una desviación de la cual nace (*puede nacer*) un (nuevo) mundo. (Y, por cierto, desviarse de la regla es la regla de la ocurrencia en nuestro autor.) No era epicúreo Lichtenberg, pero los rastros de Spinoza son reconocibles en sus escritos:<sup>12</sup> se podría decir, entonces, un conato, pero no tanto como el continuo esfuerzo de perseverar en el propio ser, sino como el primer resorte de ese esfuerzo, lo que

---

<sup>11</sup> Aludía antes a la diferencia entre una ciencia de *la* evidencia y unas ciencias de *las* evidencias, que a su vez podría concebirse idealmente como la diferencia entre dos épocas de la ciencia. En su irrenunciable vena experimental, Lichtenberg pertenece por entero a la época de las evidencias. Un artículo de particular interés sobre la generación de estas mediante la visualización de lo invisible en las “figuras de Lichtenberg” es el de Antje Pfannkuchen: estas figuras “no solo demostraron la función crucial de las visualizaciones en el desarrollo científico, sino también la posición emergente de un observador científico que abordaba el problema epistémico crítico de visualizar lo invisible. Este acto de hacer visible difiere del método ilustrado de iluminar lo oscuro, en lugar de lo cual produce visibilidad para algo que antes no tenía estatus visual” (Pfannkuchen 2016, 379). Visualización de lo invisible es un modo de describir la operación de las ocurrencias.

<sup>12</sup> Cf., por ejemplo, la “Devoción matutina de Amintor” (“Amintors Morgen-Andacht”, Lichtenberg 1992, 76-79).

cabría pensar como potencia pura, el puro *poder* existir.<sup>13</sup> Tiendo a pensar que en la ocurrencia, tal como se da en Lichtenberg, ambas versiones, la epicúrea y la spinoziana, se presentan amalgamadas. En esta clave y quizá en todas, la variación es la suprema potencia creadora de la naturaleza.

¿Qué es una ocurrencia? Es percepción de la variación.

Nada ayuda más a producir la variación en la inercia del pensamiento que la atención al lenguaje. “Cuando se piensa mucho por sí mismo —observa Lichtenberg— se encuentra mucha sabiduría registrada en el lenguaje. No es probable que uno lo haya introducido todo allí por sí mismo, sino que realmente hay mucha sabiduría en él, tal como en los refranes.” [J 443] Pensamiento y lenguaje: esa atención percibe en la lengua natural y coloquial una profusión de pistas para orientarse en el andurrial del pensamiento y puede llegar a descubrir (a *inventar*) en cada palabra la punta de lo posible.

Y si se me permite volver apresuradamente a lo que prometía al cabo de mi primer apartado, creo válido conjeturar que no es improbable que sea ella, la ocurrencia, también, la que moviliza el *pathos* del ensayo, que combina vocación de verdad con amor de la ficción. Al fin y al cabo, podría no ser atrabiliario pensar que la epistemología de la ocurrencia, tal como he intentado esbozarla aquí, en algo contribuye a concebir la forma epistémica del ensayo. Piénsese en la variación: el venturoso apego a la digresión es el sello de esa forma.

### 3. CODA COYUNTURAL (Y EN PARTE LOCAL)

Me interesaba plantear en esta exposición la existencia de puntos de contacto entre las humanidades y las disciplinas científicas. Me interesaba también sugerir que la apología de las humanidades cifrada en una heterogeneidad de base con respecto a esas disciplinas y en la defensa de ciertos valores que a las humanidades les serían inherentes y exclusivos tiende a clausurar la posibilidad de un diálogo fructífero entre unas y otras. Se trataría de argumentar desde esos puntos de contacto (que también son diferencias), tornarlos reconocibles, y sobre todo se trataría de invitar a una conversación sobre los mismos, y no más que una conversación: no me refiero a un encuentro entre “las dos culturas” y a la extensa discusión que suscitó la célebre Conferencia Rede que dio Sir Charles Percy Snow el 7 de mayo de 1959

---

<sup>13</sup> Spinoza, 114, 115 (Prop. 11, tercera demostración): “Poder no existir es impotencia y, al contrario, poder existir es potencia (*posse existere potentia est*).”

en Cambridge;<sup>14</sup> me refiero a una conversación que tuviese acerca de las condiciones que hoy por hoy y ya por largo tiempo pesan sobre la investigación y la “producción de conocimiento” globalmente. Una conversación multiplicada. Entre nosotros hace falta. Basta mirar a nuestro “minciencia”, en extenso Ministerio de Ciencia, Tecnología, Conocimiento e Innovación, a sus reparticiones. Se abren espacios de escucha, sí, y está bien, pero no pasan de la escucha, en tanto que lo que se requiere es conversación, versar en conjunto sobre, por una parte (ya diré cuál es la otra), las condiciones que determinan qué es ciencia, qué es conocimiento, cuándo y dónde lo es, qué relaciones hay entre conocimiento y tecnología (relaciones que son originarias, pero cómo), qué se concede cuando esas tres cosas, ciencia, conocimiento, tecnología se refieren (acaso se subordinan) a la “innovación”.<sup>15</sup> Y, por supuesto, mucho más. Más allá (más allá de esa retórica patética de la “clase mundial”, donde “clase” vale más que “mundo”), se trataría asimismo de preguntar si algo así como el conocimiento se genera únicamente en espacios institucionalizados, acreditados, o bien esa generación ocurre también fuera de esos espacios, es decir, en el afuera social, sin credenciales ni avales. Las humanidades, también las artes y las ciencias sociales, saben de esto.

Mi retorno a la escena epistemológica del siglo XVIII (cabe pensar en las transformaciones de la *historia naturalis*, tras aquellas de la *philosophia naturalis* que llevan, estas últimas, la signatura de Newton), y mi retorno al caso, si puedo llamarlo así, de Georg Christoph Lichtenberg responde a dos intenciones solidarias. Por una parte, la escena misma enseña la riqueza de una situación epistémica en la que las fronteras disciplinarias son fluidas o fluctuantes,<sup>16</sup> exhibe el estado de *invención* (remito a mi nota 10) que es propio de esa inestabilidad y que ciertamente no es exclusivo de ese momento. Hablé antes de trances históricos similares, que resultan obvios porque se

---

<sup>14</sup> V. la bibliografía. C. P. Snow 2012 como se le conoce proverbialmente, fue físico y novelista y tuvo cargos administrativos de alto nivel en el servicio público y en la industria privada.

<sup>15</sup> Dicho en un aparte: ¿cómo se establece la diferencia entre este ministerio y el Ministerio de las Culturas, las Artes y Patrimonio (y de paso: ¿por qué el patrimonio se dice aquí en singular, quién es el sujeto que permite hablar de él en tal número?), diferencia que se da por sentada. Concepciones hechas aparte (que las hay), me temo que se la da por sentada más que nada por razones administrativas y presupuestarias; soy abusivo con este juicio, pero limado su borde no lo creo tan descaminado, como tampoco omito que hay quienes sostienen y, más que sostienen, impulsan una perspectiva *entrepreneurial* en ciencia y en cultura por igual, lo que también exige de ponerse a pensar en las diferencias.

<sup>16</sup> De hecho, este es el tiempo en que empieza a constituirse eso que llamamos “disciplinas” con una naturalidad que bien podría ser interrogada.

ofrecen a una mirada panorámica y ya suficientemente acostumbrada a reconocer ciertos hitos, porque son mayúsculos; ahora quisiera pensar que esos trances también se dan en minúscula, no diré a cada momento, aunque creo que sí, pero solo muy poca gente está al acecho o bien, por distracción, se deja atrapar por ellos. Y aquí entra, segunda intención, el pequeño jorobado Lichtenberg, que, sí, entendía que esas oportunidades *pueden* darse a cada momento (*pueden*, porque su régimen es lo *posible*) y que es preciso situarse en series paralelas de pensamiento a la espera de que se crucen fugazmente, sin dejar de contribuir un poco a que se crucen. Esa es la ocurrencia y su teoría habría de ser una suerte de micro-epistemología. Edgar Allan Poe, otro soberano talento híbrido, en realce de la capacidad analítica del intelecto superior (a la manera de Auguste Dupin), argüía que las verdades matemáticas no son generales porque no son generalmente aplicables, es decir no valen por igual para todo ámbito, dominio o circunstancia (la moral, la química, por ejemplo): el matemático razona limitadamente, pero si su disposición al cálculo se da en conjunto con el talento poético, entonces, sí, absolutamente, razona bien.<sup>17</sup> A la inversa, Lichtenberg se ensayaba en aplicar verdades que son válidas en un determinado campo a otros que fuesen particularmente heterogéneos. Ese es el método a-metódico que recomienda, el empleo de los *paradigmata* como operación heurística (la pequeña contribución de que hablaba hace un momento) cuya cifra es la invención de nuevos errores.

Me gustaría imaginar una conversación abierta, horizontal, sin pauta (salvo el tema de las condiciones, que es indisociable de lo que más encauzco), sin mucha pauta, en tiempo razonable y animada por este talante. Es posible que una conversación de esa naturaleza, en lugar de limitarse a hablar sobre los puntos de contacto a que aludía al comienzo de esta coda, tuviese la fortuna de encontrarse con ellos, es decir, de inventarlos.

---

<sup>17</sup> Estoy parafraseando un par de segmentos de *La carta robada* (cf. Poe 1978, 997, 998).

**BIBLIOGRAFIA**

- Blair, Ann. 1992. "Humanist methods in Natural Philosophy: The Common-place Book". *Journal of the History of Ideas* 53-4: 541-551.
- Blair, Ann. 2004. "Note Taking as an Art of Transmission". *Critical Inquiry* 31-1: 85-107.
- Campe, Rüdiger. 2011. "'Unsere kleinen blinden Fertigkeiten'. Zur Entstehung des Wissens und zum Verfahren des Schreibens in Lichtenbergs Sudelbüchern". In Ulrich Joost, Alexander Neumann (coor.), *Lichtenberg-Jahrbuch*, Heidelberg: Universitäts Verlag Winter: 7-32.
- Daston, Lorraine. 2004. "Taking Note(s)". *Isis* 95-3: 443-448.
- Lichtenberg, Georg Christoph. 1980. *Sudelbücher I*. Herausgegeben von Wolfgang Promies. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- \_\_\_\_\_. 1991. *Sudelbücher II. Materialhefte, Tagebücher*. Herausgegeben von Wolfgang Promies. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- \_\_\_\_\_. 1972. *Schriften und Briefe III*. Herausgegeben von Wolfgang Promies. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- Oyarzun, R., Pablo. 2008. "Sobre el concepto de calidad académica". In Olga Grau y Patricia Bonzi (eds.), *Grafías filosóficas. Problemas actuales de la filosofía y su enseñanza*. Santiago: Cátedra UNESCO de Filosofía: 47-58.
- Pfannkuchen, Antje. 2016. "A Matter of Visibility. G. Chr. Lichtenberg's Art and Science of Observation". *Configurations* 24-3: 375-400.
- Poe, Edgar Allan. 1978. *The Collected Works of Edgar Allan Poe. II Tales and Sketches (1831-1842)*. (Thomas Olive Mabbott ed.). Cambridge, MA: The Belknap Press of Harvard University Press. En línea: <https://www.eapoe.org/works/mabbott/tom3t011.htm#nmmotto>
- Schöne, Albrecht. 1993. *Aufklärung aus dem Geist der Experimentalphysik. Lichtenbergsche Konjunktive*. München: C. H. Beck.
- Snow, Charles Percy. 2012. *The Two Cultures*. With Introduction by Stefan Collini. Cambridge: Cambridge University Press.
- Spinoza, Baruj. 2020. *Œuvres IV. Ethica. Éthique*. Texte établie par Fokke Akkerman et Piet Steenbakkers. Traduction par Pierre-François Moreau. Introduction et notes par Pierre-François Moreau et Piet Steenbakkers. París: PUF.
- Yehige, Yftach, and Stuart, Michael T. 2004. "On the Origin of the Philosophy of Thought Experiments: The Forerun". *Perspectives on Science* 22-2, 179-220.